

Historia del arte español

Ernesto Ballesteros Arranz



23

Arte mudéjar

Lectulandia

Se conoce por arte mudéjar o morisco la producción artística de los musulmanes que trabajaron al servicio de los cristianos. A medida que iba avanzando esa oleada histórica que tan desafortunadamente conocemos con el nombre de Reconquista, grandes masas de población musulmana iban sometiéndose a la administración de los reinos cristianos. Estos guerreros del norte no contaban la mayor parte de las veces con suficientes arquitectos para erigir sus obras, y recurrían en gran medida al trabajo de los «alarifes» musulmanes, que conocían su oficio a la perfección.

Lectulandia

Ernesto Ballesteros Arranz

Arte mudéjar

Historia del arte español - 23

ePub r1.0

Titivillus 18.09.2017

Título original: *Transición al gótico*
Ernesto Ballesteros Arranz, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Arte mudéjar

«... si tuviéramos que señalar un conjunto arquitectónico para compendio y blasón de la España medieval, cristiana y mora, nos decidiríamos sin duda por las torres mudéjares de Teruel».

MARQUÉS DE LOZOYA

Se conoce por arte mudéjar o morisco la producción artística de los musulmanes que trabajaron al servicio de los cristianos. A medida que iba avanzando esa oleada histórica que tan desafortunadamente conocemos con el nombre de Reconquista, grandes masas de población musulmana iban sometiéndose a la administración de los reinos cristianos. Estos guerreros del norte no contaban la mayor parte de las veces con suficientes arquitectos para erigir sus obras, y recurrían en gran medida al trabajo de los «alarifes» musulmanes, que conocían su oficio a la perfección. De este modo, la técnica musulmana, avalada por muchos siglos de tradición, se ponía al servicio de los cristianos, de sus ideas y caprichos estéticos.

El nombre de mudéjar, acuñado por el estudioso Amador de los Ríos, se alterna con el de morisco para denominar este arte producto mixto de dos civilizaciones coetáneas. No podemos hablar de estilo original, sino más bien de una simbiosis original de sistemas constructivos y decorativos románicos, góticos y musulmanes. En esta mezcla reside la personalidad indiscutible del mudéjar.

No se trata de un arte similar en todas las regiones, sino que, por el contrario, tiene tantas variedades como zonas en las que se localiza.

La dispersión de sus monumentos es abrumadora. Encontramos arte mudéjar en todo el territorio nacional, desde León hasta Andalucía y desde Cáceres al Ebro. Existe, sin embargo, una zona (Cantábrica y Pirineos) en la que estos monumentos son casi inexistentes, y otra (Toledo y valle del Ebro) en que son especialmente abundantes. Para comprender esta disposición de los hallazgos basta con repasar la cronología del avance cristiano. Hasta el siglo XII no existe propiamente arte mudéjar, pues los cristianos solo poseían unos pequeños reinos en el valle del Duero y el elemento

islámico derramaba su Imperio sobre la península. Solo a partir de las conquistas de Fernando I y Alfonso VI de Castilla, con la ocupación del valle del Tajo y la toma de Toledo, se ponen en contacto los dos pueblos.

Existe un arte de genealogía muy similar, aunque bastante anterior (cf. vol. 8 de esta colección), y es el llamado arte mozárabe. También consiste en una asimilación de las técnicas islámicas a las necesidades constructivas de los cristianos primitivos (siglos IX y X), pero se trata de emigrantes voluntarios que abandonan las tierras del sur por su propia voluntad y acuden al reclamo de la civilización cristiana cuando esta aún se debate en la precaria estabilidad de los nacientes reinos cristianos. Los mudéjares, por el contrario, comienzan a trabajar para los cristianos a partir del siglo XII, y continúan haciéndolo hasta el XVI, pero ya no se trata de un desplazamiento voluntario, sino de una absorción forzosa por la cultura cristiana, más fuerte y juvenil. Siendo, por tanto, mudéjar y mozárabe dos estilos que funden los elementos islámicos y cristianos, resultan en la realidad muy distintos uno de otro.

Entremos ahora en las consideraciones esenciales sobre el arte mudéjar. En arquitectura se trata de un estilo original que aporta nuevas teorías y elementos constructivos a la Historia del Arte. Sus novedades son: un nuevo tipo de material, el ladrillo, y un nuevo tipo de decoración musulmana superpuesta a los elementos constructivos cristianos.

El arte mudéjar significa también una especie de reacción nacional ante la prolongada invasión de estilos europeos a partir del siglo XIII. La antigua reverencia de Sancho III el Mayor de Navarra por la cultura franca se disuelve poco a poco a través de sus sucesores, y a principios del siglo XII vemos ya a Alfonso VI conviviendo amigablemente con los musulmanes y otorgándoles un «status»,

tolerante y pacífico. Otros reyes cristianos del siglo XIII se precian de conocer la cultura islámica y de escribir algunas palabras en su lengua. Se va produciendo un progresivo alejamiento de los influjos europeos y un acercamiento paralelo hacia las formas de vida musulmanas que culmina con la figura de Pedro I de Castilla.

El periodo más importante de la arquitectura mudéjar en España son los siglos XIII, XIV y XV. Esto se debe en gran parte a la calidad y el bajo precio de los «alarifes» musulmanes de esta época. Maestros en el empleo del ladrillo, podían elevar Iglesias y todo tipo de construcciones en un plazo de tiempo y en unas condiciones económicas sumamente competitivas ante los arquitectos cristianos.

La arquitectura mudéjar, como la propia arquitectura árabe española, es, sobre todo, decorativa y no se esfuerza en cambios constructivos. Suele emplear, como sus

antecesores orientales, materiales blandos y baratos, entre los que destacan el ladrillo, el yeso y el barro vidriado. No es una arquitectura de cantería, como la románica y gótica occidentales, sino un arte de albañilería (alarifes) cuyo objetivo es crear obras atractivas, tanto por su color como por sus efectos de luz y su riqueza decorativa. Sustituye las grandiosas bóvedas románicas por la techumbre plana de madera o armadura.

El estilo mudéjar tiene su primer brote en tierras del Duero, y se conoce corrientemente como el «románico de ladrillo». Los cristianos establecidos en el valle del Duero contratan a obreros musulmanes para levantar sus Iglesias y les exigen que estas se ajusten a las normas estéticas del arte románico, entonces en boga. Los alarifes moriscos ejecutan la traza románica, empleando materiales baratos como el ladrillo. En algunas ocasiones se atreven a ornamentar los elementos constructivos con modillones o lóbulos musulmanes, pero no es lo corriente en esta primera época. Por el contrario, el artista musulmán se empeña en recoger la traza románica con toda la autenticidad posible y emplea pilares, arcos de medio punto, arcos ciegos exteriores, portadas arquivoltadas, etc..., en resumen, el repertorio fundamental del arte románico. Lo que da a estos templos un carácter inconfundible es precisamente el material —ladrillo— que no solo proporciona un efecto notablemente decorativo, sino que obliga a variar las proporciones de ábsides, muros y torres. Los gruesos muros de piedra del románico se hacen ahora aun más gruesos, al ser construidos en material tan endeble, y las proporciones no suelen alcanzar la altura del románico puro. Las torres se hacen más pesadas y el templo todo presenta unas normas claramente distintas de las europeas. Este tipo de edificación abunda en distintos puntos de la meseta norte, pero es típico de las regiones de León, Segovia y Ávila.

Pero el verdadero estilo mudéjar, cuando los artistas musulmanes despliegan todo su Instinto secular, aparece en los siglos XIII, XIV y XV, y tiene su sede en la zona de Toledo, Cáceres, Andalucía y el valle del Ebro. Nos encontramos ya en una época de dominio indiscutible del genio cristiano en la península, y es ahora cuando se nota esa reacción contra lo europeo o afirmación artística de lo nacional, que antes apuntábamos. Tanto la Corona de Castilla como la de Aragón han absorbido importantes grupos de elementos mudéjares que se dedican, sobre todo, al trabajo del campo y a ciertos oficios urbanos, entre los que podemos destacar la albañilería, el cuero, la loza y los tejidos, herencia de una tradición multiseular. Es en los siglos XIV y XV cuando se incorpora al arte gótico —imperante en Europa— los materiales y ornamentos del arte almohade y nazarita. Nos hallamos, pues, ante el arte mudéjar más característico. Iglesias, sinagogas y mezquitas parecen fundirse en un aspecto común, y nos encontramos con esbeltas torres de ladrillo aragonesas que parecen alminares musulmanes o, por el contrario, encontramos elementos románicos en las construcciones de templos judíos o moriscos. La fusión de estos elementos no

es solamente artística, sino mucho más trascendental y simbólica, porque ocurre que en la Baja Edad Media se produce un fenómeno similar de fusión espiritual entre estas dos Españas. La Escuela de Traductores de Toledo y la obra de Alfonso X y sus colaboradores son el ejemplo más notable en el plano intelectual para ilustrar lo que acabamos de decir. El arte mudéjar es —sin buscar la paradoja— el arte más representativamente español y medieval. Los recoletos monasterios románicos tienen un marcado sabor europeo, igual que las enormes catedrales góticas. En cualquier lugar de Europa podemos encontrar muchos ejemplos similares que responden a un mismo tipo de vida y economía. Lo mismo ocurre con el arte musulmán de los siglos VIII al XI. Las mezquitas y palacios andaluces nos recuerdan —sin perder su originalidad— las formas orientales de Siria y el norte de África. En cambio, ¿en qué lugar del mundo encontramos iglesias como las aragonesas del siglo XIV? Puede decirse que en ninguno. La simbiosis de formas góticas y decoración musulmana es tan perfecta que engendra, «*ipso facto*» un estilo acabado y personal.

No es un arte grandioso como los medievales de Occidente, pero ilustra un período mucho más interesante de nuestra historia y reúne en un solo gesto varios siglos de inspiración nacional. Estamos, sin duda, ante el estilo arquitectónico más peculiar, original y «español» de todos los tiempos.

Al final de la serie hemos querido añadir unas muestras de artes menores, como la cerámica, etc..., que tuvieron un notable desarrollo entre los artesanos mudéjares y que siguen las corrientes de la época almohade y nazarita, por lo general. Se trata de artesanos musulmanes que siguen trabajando para los cristianos en los siglos XIV, XV y XVI y en algunos casos sus estilos perduran hasta el siglo XIX o XX, como ocurre con las armaduras de madera o la cerámica vidriada de Talavera.

Dada la importancia que tiene la arquitectura mudéjar, no podíamos dedicar más diapositivas a ilustrar las artes menores, que, por otro lado, no presentan rasgos tan originales como la construcción de edificios, y son una continuación casi invariable de las técnicas musulmanas anteriores, que pueden verse con todo detalle en la serie número 7 de esta misma colección. Por ser un arte fronterizo y de contacto, las regiones más abundantes en obras mudéjares son justamente aquellas en donde los dos pueblos convivieron durante siglos.

Tenemos, ante todo, la zona del románico de ladrillo, con sus centros fundamentales en las provincias de León, Valladolid, Ávila y Segovia. Después aparece el arte mudéjar en una zona que sigue la línea del Tajo desde Toledo hasta Portugal. Más al sur tenemos interesantes focos en la región extremeña, para llegar a una de las zonas más importantes: Andalucía. Las provincias de Sevilla y Córdoba son las más frecuentadas, sin que falte el estilo en otras provincias.

La última zona —y quizá la más interesante— la constituye el valle del Ebro, sobre todo Zaragoza y Teruel, pues Huesca estaba ocupada en su mayor parte por monumentos románicos de tiempos anteriores; Teruel y Zaragoza presentan una gran cantidad y calidad de formas mudéjares, y puede decirse que no hay pueblo en esta zona que no participe de la influencia morisca en mayor o menor grado.

1. San Tirso de Sahagún. León

Obra del siglo XII (acabada en 1184), presenta una indiscutible solidez y un aspecto macizo característico. Su elevada torre, situada sobre el crucero, a modo de gigantesco cimborrio, presenta casi todos los elementos constructivos románicos, incluso las columnas, que en el «románico de ladrillo» van a desaparecer, dada la característica del material. El ábside presenta dos filas de arcos ciegos. Y no solo se trata de elementos decorativos, sino que forman el esqueleto del edificio, es decir, su sistema de soporte y empujes. Nos los vamos a encontrar en todas las construcciones mudéjares, dando un sabor inconfundible a este estilo.

Estos robustos edificios tienen unos espesos muros que intentan copiar las formas constructivas del románico. Presentan una estructura de arquerías ciegas, superpuestas en varias zonas, formando una especie de paramento compuesto. Al emplear el ladrillo en lugar de la piedra, la columna pierde su razón de ser, y para decorar los ábsides de modo que recuerde al estilo románico se emplean resaltes planos, a modo de pilastras poco sobresalientes. Quizá el elemento más imponente del edificio sea su torre, que, a pesar del grosor de sus proporciones, resulta esbelta. Las ventanas de los pisos inferiores son ciegas, mientras que las de los superiores son más grandes (o numerosas) y abiertas en el muro, para restar peso al muro y conseguir la altura conveniente.



2. San Martín de Arévalo. Ávila

Dentro del estilo similar que reproduce este templo, se caracteriza por la presencia de dos torres en lugar de una, que es lo corriente. El carácter románico de este edificio queda patente en un pórtico adosado a la fachada meridional, formado por columnas de piedra y arcos de medio punto sobre capiteles de pura estirpe románica. Recuerda las iglesias del siglo XII de la zona de Segovia. Sus torres están sostenidas y decoradas al mismo tiempo por una estructura superpuesta de arcos ciegos que se convierten en vanos arquivoltados en los últimos pisos de la torre. Es uno de los ejemplares más interesantes del estilo.



3. San Nicolás de Arévalo

Este sencillo monumento del siglo XII tiene una fachada plana casi exenta de decoración, con la única excepción de la portada, también muy sencilla, en la que se trazan unas arquivoltas de ladrillo resaltado a imitación de las portadas abocinadas del románico. Está muy bien conservada, y forma, con San Martín, Santa María, San Juan, Santo Domingo, La Lugareja y otras varias, el estupendo conjunto de Arévalo. Esta ciudad de la altiplanicie abulense reúne, con Cuéllar y Sahagún, el más importante conjunto mudéjar que tenemos en España.

En el primer piano de la fachada se puede apreciar el empleo del ladrillo conjuntamente con rudo aparejo de mampostería. Con el ladrillo se trazan las líneas de fuerza y soporte y la mampostería se usa más bien para rellenar espacios neutros, sobre todo situados en el basamento del edificio.



4. La Lugareja de Arévalo

Dentro del «románico de ladrillo», esta obra se caracteriza por su aspecto de extrema pesadez producido por las macizas proporciones de la torre, en la que se abren siete arcos ciegos en cada lado. Su estupendo juego de volúmenes (ábsides, crucero, torre-cimborrio) recuerda por completo las iglesias románicas y los largos resaltes de ladrillo que recorren el muro semicircular del ábside, quieren suplir las columnas adosadas o pilastras románicas. Pero el material de barro cocido le da una apariencia singular, como a todo el estilo mudéjar. Obsérvense incluso los adornos simulando canecillos colocados bajo la cornisa de ábsides y cimborrio.

Como en casi todas estas iglesias, el ábside central sobresale mucho de los laterales, y los tres presentan una planta semicircular, típica del románico, que remata una basílica de tres naves con crucero. Este sobresale muy poco (a veces nada) de la planta del templo.



5. San Esteban de Cuéllar. Segovia

He aquí un hermoso ejemplar de la zona segoviana en el que se armonizan perfectamente la estructura y la decoración. Más recargado que los modelos leoneses y abulenses anteriores, presenta varias franjas ornamentales de ladrillo formando cuadros y molduras diversas. Lo más interesante de este templo es, sin duda, el ábside, pues la torre es mucho más tosca y simple que las leonesas. Pero el ábside central, pese a su regular estado de conservación, constituye una obra excepcional, tanto por su armonioso volumen como por su recargamiento decorativo.



6. San Martín de Cuéllar. Segovia

De tres ábsides de planta semicircular, muy gruesos y enormes muros, presenta al exterior dos pisos de arcos ciegos y uno superior de molduras rectangulares de ladrillo. Se levanta, como es costumbre en estas obras, sobre un aparejo de mampostería muy tosco e irregular; en tres de los arcos medios del ábside mayor se abren estrechas aberturas, por donde penetra la luz a duras penas. La iluminación de estas iglesias suele ser pobre y deficiente, pues no acostumbran a troquelar los vanos, dada la poca consistencia del material empleado en la construcción.



7. San Andrés de Cuéllar. Segovia

Esta fachada del románico de ladrillo segoviano nos deja ver con claridad el proceso de ensamblamiento del estilo románico y las técnicas constructivas musulmanas. La portada está construida todavía de cantería, y presenta unas arquivoltas sencillas, pero poderosas. Actualmente se halla cegada, lo que le resta brillantez. Sobre ella se erige una especie de aureola que quiere repetir, a una escala casi gótica (probablemente del siglo XIII o posterior), las arquivoltas abocinadas del estilo románico. Carece de unidad de estilo e incluso de moderación en las proporciones, pero es un claro ejemplo de adaptación del románico a las necesidades de una época nueva, en que se utiliza el barato ladrillo manejado por la barata mano de obra mudéjar, y presidida en casi todos los aspectos por un sentido práctico y económico. Los muros deben ser gruesos y pocos en vanos para alcanzar tales alturas a base de ladrillo y cal.



8. Ábside de la iglesia de El Salvador. Cuéllar. Segovia

Quizá sea este uno de los más curiosos ejemplares de arte mudéjar que existen en España, pues intenta asimilar al templo los clásicos arbotantes góticos. No se trata de un capricho decorativo, sino de una auténtica necesidad arquitectónica, pues el empuje del muro absidial debió de ser tan amenazador que se consideró necesario reforzarlo de algún modo. Pero lo sorprendente es que se escoja este sistema de arcos sujetos por pilares y —cosa curiosa— que arrancan del suelo y no del primer piso del templo, como en los modelos góticos. Es, por tanto, una asimilación muy «*sui generis*» y, sin duda, bastante ingenua del problema de contrarresto de empujes laterales que se plantea el arte gótico. Observamos que el templo es, con sus arcos ciegos, etc..., un ejemplar típico del llamado «románico de ladrillo» que en este caso podríamos llamar «gótico de ladrillo», aunque no existe ningún otro ejemplar en España que permita generalizar esta denominación. Se trata, probablemente, de una solución puramente local y de poca trascendencia, motivada quizá por un problema urgente de conservación del equilibrio, y parece posterior a la traza primitiva del edificio.



9. Iglesia de Santiago. Salamanca

Este bello ejemplar se halla muy restaurado, pero es un templo de hermosas proporciones que merece ser incluido en esta obra. Pariente cercano de las obras leonesas se muestra bastante influido por ellas, aunque es algo posterior. Su principal innovación resulta de la sustitución de los arcos ciegos de medio punto por arcos apuntados, propios ya de la época de transición al gótico, que tan estupendos ejemplares ha dejado en esta región. El cimborrio presenta unas proporciones muy similares a las de La Lugareja, de Arévalo, aunque su traza y decoración acusan una moderna restauración. El conjunto del edificio, con el bello juego de volúmenes cilíndricos al exterior, no puede ser más perfecto.



10. San Salvador de Toro. Zamora

En torno al foco románico zamorano comienzan a aparecer hacia fines del siglo XII un grupo de iglesias de clara ejecución mudéjar. Son varias las que se encuentran en Toro, como San Lorenzo (de la que ya hemos hecho mención en la serie del Románico), la del Santo Sepulcro, la del Salvador, etc.

Quizá la más representativa del estilo de esta zona sea la del Salvador, aquí presente, con sus largos arcos ciegos recorriendo el muro de arriba abajo y su remate de molduras de ladrillo con amplia cornisa salediza del mismo material. Tanto por las proporciones de los arcos como por la situación de las estrechas ventanas que iluminan los ábsides, tiene cierto parecido con las iglesias de Cuéllar.



11. San Román de Toledo

Uno de los monumentos más ejemplares del proceso de asimilación de las formas cristianas y las técnicas musulmanas lo constituye esta Iglesia de San Román. Como la de Santa Eulalia y otras, abandona ya la costumbre de utilizar elementos constructivos musulmanes (que todavía encontramos en las Tornerías y en tantas otras iglesias de la primera fase de la Reconquista de Toledo), pero no recoge aún las formas del románico, sino que emplea las normas visigóticas antiguas, muy frecuentes en la ciudad imperial, y así tenemos que esta Iglesia se edifica sobre arcos de herradura y pilares de ladrillo, con una segunda fila de arquillos ojivales para darle más altura a la techumbre.

Esta iglesia fue edificada en 1221, y tiene todo el sabor de la tradicional arquitectura mozárabe. Sirve de contacto o preludio del auténtico estilo conocido como el «románico de ladrillo», en que ya se utilizan los sistemas y los elementos románicos, aunque con materiales constructivos musulmanes. El caso más sobresaliente de esta segunda etapa lo constituye Santiago del Arrabal.



12. Santiago del Arrabal. Toledo

Esta iglesia toledana es una de las más representativas de su género.

Se han distinguido varias etapas mudéjares en Toledo. Una primitiva que consistió más bien en la adaptación de monumentos islámicos, como la llamada mezquita de Tornerías. Otro paso más avanzado en que los «alarifes» toledanos construyeron en estilos cristianos, pero no en traza románica todavía, sino más bien siguiendo una pauta visigoda, como en la iglesia de San Román. Y una tercera etapa de asimilación total del estilo románico a los procesos de fabricación musulmanes en ladrillo y mampostería. El mudéjar toledano se distingue del de la meseta norte en la mayor importancia que concede a la mampostería en el basamento del edificio, aunque hemos visto que los abulenses hacían lo propio en Arévalo, y los segovianos algo parecido en Cuéllar.

La iglesia de Santiago del Arrabal es de planta basilical de tres naves, con crucero y ábsides semicirculares románicos, decorada al exterior con los típicos arcos ciegos mudéjares. Presenta paños de arcos lobulados enlazados y algunas aberturas estrelladas, muy pequeñas, que comunican la escasa iluminación que brilla en su interior.



13. Torre de Illescas. Toledo

Según Elías Tormo y otros tratadistas, es la mejor torre mudéjar castellana, tanto por su arquitectura como por el estado de conservación. En cualquier caso, es uno de los mejores ejemplares, y fue construido entre los siglos XIII y XIV, con todas las características típicas del mudéjar castellano. Consta de un cuerpo cúbico inferior de mampostería y ladrillo y tres plantas superiores perforadas con una, dos y tres ventanas respectivamente. Son muy notables los adornos del trasdós de las ventanas a base de arquillos lobulados de abolengo musulmán. En Toledo, en la iglesia de Santo Tomé, se puede admirar una torre muy similar a esta.

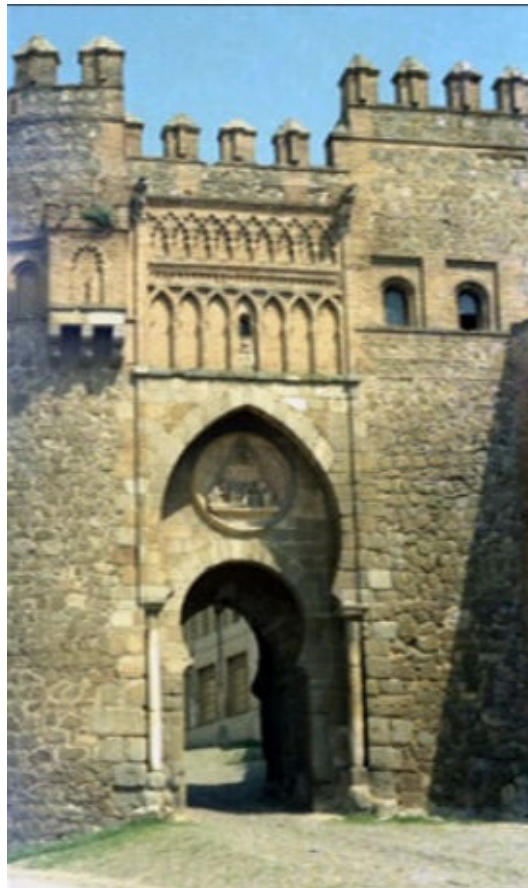


14. Puerta del Sol. Toledo

La arquitectura mudéjar dio importancia a las construcciones defensivas, y no son pocas las murallas y puertas que de este estilo existen a lo largo de la geografía española.

Una de las más notables representaciones es la llamada Puerta del Sol de la muralla toledana. Consta de un enorme cubo de mampostería que se remata al exterior de la muralla en forma semicircular, como si de un ábside románico se tratase. El vano tiene arco de herradura, encuadrado en otro ornamental de herradura apuntada, al estilo nazarita. Sobre este arco principal presenta unos paños de ladrillo con decoración de arquillos de herradura apuntada entrelazados y enmarcados en un gigantesco alfiz que comprende los paños y el arco principal. Se corona con una galería de almenas, que atestiguan su empleo defensivo, que comunicaba con un camino de ronda de la muralla.

Es obra más tardía que las anteriores, probablemente no concluida hasta el siglo xv.



15. Decoración de laceria de Santa María la Blanca

Uno de los matices fundamentales del mudéjar es su aspecto predominantemente decorativo. Los artistas mudéjares, como sus antecesores califales y almohades, se preocupan más por la decoración que por la construcción del edificio. Y en punto a decoración, pocas obras tan formidables como la sinagoga de Santa María la Blanca. Fue construida a principios del XIII (en tiempos de Alfonso VIII), y ya hemos dado un aspecto de su conjunto en la serie número 6 de esta colección, porque se trata de una obra claramente musulmana y concretamente de estilo almohade. Pero por su elevación en plena época cristiana (los cristianos poseían Toledo desde 1085), también puede considerarse obra mudéjar. Para seguir el criterio de no repetir ninguna diapositiva, aunque como en este caso se trate de una obra de atribución vacilante, preferimos incluir en esta serie solamente un detalle de su decoración de yesería. Sus pilares ochavados con capiteles de pinas, la decoración de laceria sobre yeso que encontramos sobre los arcos y en las enjutas es lo más característico del monumento. Recordemos que se trata del ejemplar de laceria más antiguo de España, pues este tipo de decoración comienzan a emplearlo los almohades (hay solamente esporádicos empleos anteriores) y llega a su culminación en la época nazarí (siglos XIV y XV). Unos son lazos de ocho puntas, dispuesto en cuadrícula. Otros, de seis puntas y se componen en redes triangulares. Todo ello de gran perfección técnica, como puede apreciarse en la presente Ilustración.

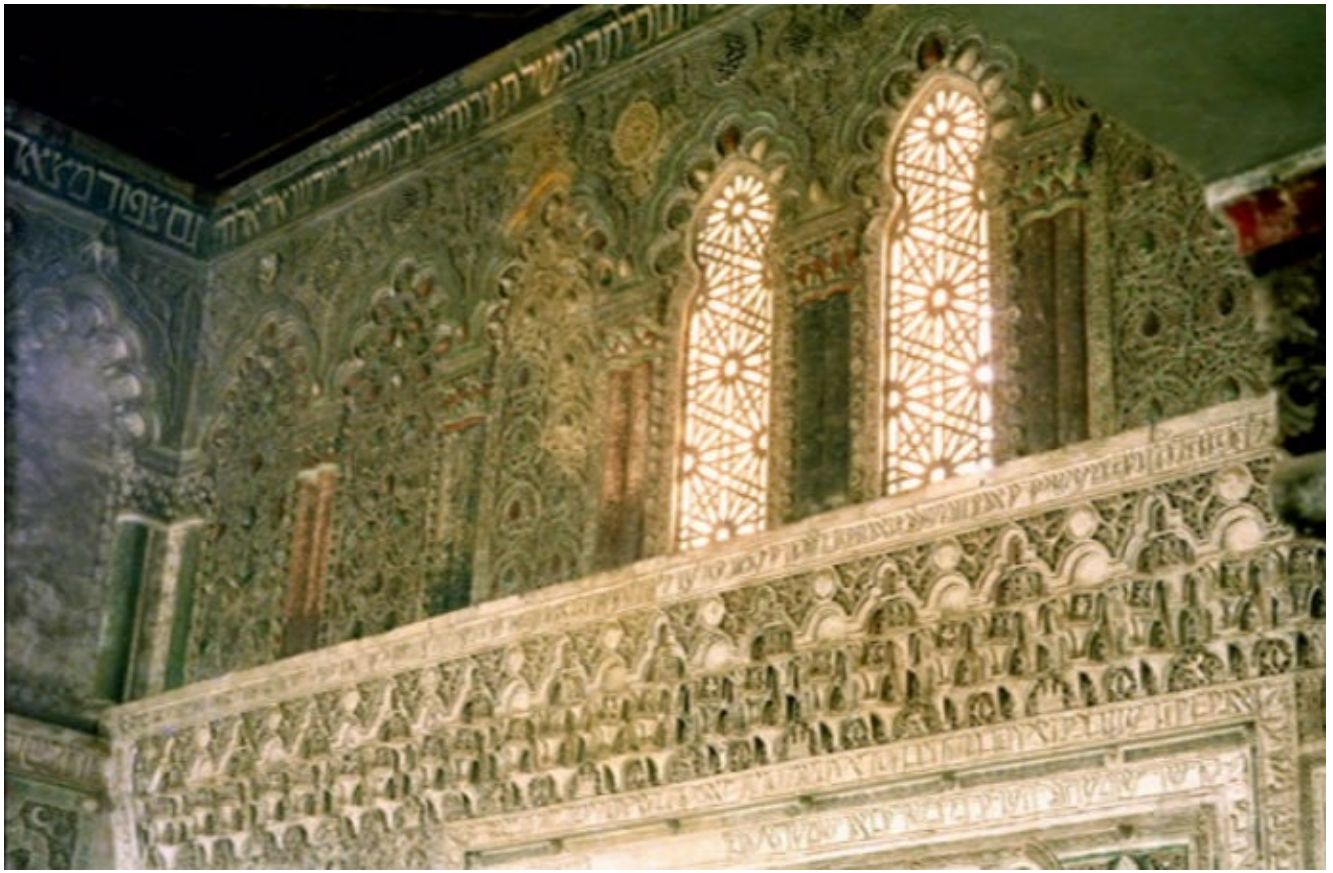


16. Sinagoga del Tránsito. Toledo

Mandada construir por Samuel Levy en 1357, la sinagoga del Tránsito es un edificio mudéjar típico, tanto por la sencillez de su construcción como por la lujosa ornamentación de sus muros interiores y su techumbre de artesanado de madera. Se trata de una nave rectangular muy sencilla, cuyo testero y franja superior de los cuatro lienzos se halla decorada con yeserías. Son decoraciones epigráficas y vegetales, como las que se ejecutan en la Alhambra en el siglo XIV, pero tienen algunas características originales, como el hecho de presentar inscripciones hebraicas y no cúficas en los epígrafes. También se distingue en la creación de unas formas vegetales muy originales que nada tienen que ver con el follaje granadino, sino más bien parecidas a las hojas góticas. Nos encontramos aquí, por lo tanto, con una fusión de influencias musulimes y góticas, típicas del estilo mudéjar, que primero maridó con el románico y luego con el gótico.

Los arcos son lobulados y extremadamente recargados. Por supuesto que no son constructivos (como los granadinos), sino simplemente decorativos sobre yeso.

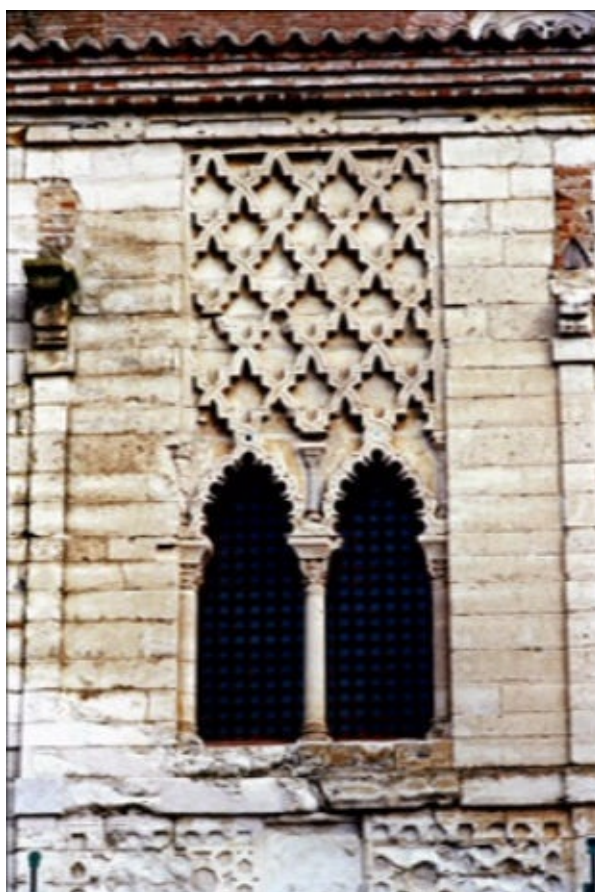
El artesanado del techo es de una importancia excepcional y muy típico del estilo mudéjar, que cubría todos sus edificios con techumbres planas de madera. Dejaremos para otra diapositiva un comentario más detallado de las armaduras mudéjares. Los rehundidos del muro lateral son muy posteriores, de estilo renacentista, y no tienen nada que ver con la exquisita traza primitiva del oratorio.



17. Convento de las Clarisas. Tordesillas

Otra bella muestra del arte mudéjar es el Palacio Real de Tordesillas, edificado por Alfonso XI entre 1340 y 1344. Se trata de un edificio de arquitectura civil, diferente a lo que hemos visto hasta ahora.

Una de las partes más antiguas del palacio son los baños árabes, que conservan todos los elementos distintivos del estilo musulmán. Arcos de herraduras, capiteles vegetales toscos sobre columnas muy sencillas de proporciones poco ajustadas al compacto grosor de los muros. Es, en suma, una de las obras más representativas de la arquitectura musulmana al norte del Tajo.



18. Convento de las Clarisas. Patio y artesanado

El citado palacio fue continuado y reformado por Pedro I de Castilla, que tanta predilección mostró por todas las actividades moriscas y hebreas en general. Edificó varias capillas y patios, alguno de los cuales mostramos aquí evidenciando el estilo mudéjar que lo inspira. Arcos polilobulados cuajados de yeserías decorativas que nos recuerdan en todo momento el arte nazarita de la Alhambra. Grandes zócalos de alicatados de laceria cuya relación con los modelos granadinos no puede ser más clara. Lo mismo ocurre con el incomparable artesanado o alfarje de lo que fue el salón del trono del palacio (hoy capilla). Se trata de una armadura volada sobre unas cornisas de mocárabes, que conserva su primitiva policromía y debe ser considerada como una de las obras más importantes de España en su estilo.

Las obras de los dos monarcas castellanos convirtieron Tordesillas en una destacada muestra del arte mudéjar hispano, que tan escasos ejemplos conserva en esta zona de la meseta norte.



19. Armadura mudéjar del Convento de San Francisco. Palencia

Ya hemos anticipado la importancia de las techumbres de madera en la arquitectura mudéjar de interiores. Son las llamadas armaduras de par y nudillo que sobreviven en el estilo religioso y civil español hasta el siglo XVII. Precisamente en este siglo el tratadista Diego López de Arenas escribe un libro titulado «Carpintería de lo blanco», publicado en 1620, en el que recoge las características de este delicado oficio. Se trata de un hermoso trabajo de ebanistería que forma lazos geométricos a base de elementos de madera individuales. Los primeros en utilizarlo son los almohades en el siglo XII, pero no llega a su culminación hasta los nazaríes en el siglo XIV. Es en esta época cuando los mudéjares lo extienden por los reinos cristianos, encontrando una aceptación indiscutible. López de Arenas, en la citada «Carpintería de lo blanco» nos dice que el paño horizontal del artesonado se llama «almizate» y la decoración que ornamenta el talud del «almizate» hasta el muro es denominada «arrocabe». Los elementos o pares se llaman «alfardas» y la pieza que forma la esquina entre los paños y las alfardas menores se llama «lima», que puede ser simple o doble, en cuyo caso se llama «mohamar», y deja en su centro la «calle de limas».

El «almizate» puede ser rectangular u ochavado, y se cubre con decoración sencilla o «de jaldetas» (que es el dibujo mismo que forman las «alfardas» al cruzarse con los «nudillos» estrellados) o bien puede recargarse de laceria y salpicarse de racimos de mocárabes, rellenando los polígonos que quedan entre los nudillos, en cuyo caso se llama «ataujerada».



20. Claustro mudéjar del Monasterio de Guadalupe. Cáceres

Para no dejar ningún sector del arte occidental sin cultivar, los arquitectos musulmanes lograron algunos claustros de claro sabor mudéjar, entre los cuales quizá podemos destacar el presente como prototipo del estilo.

Situado a medio camino entre el foco toledano y el andaluz (que seguidamente veremos), Guadalupe está más cerca de estos últimos, como se podrá comprobar. Se construye a fines del siglo XIV.

Consta de un gran patio central rodeado de arquerías a la usanza gótica. Son arcos de herradura apuntada sobre pilares ochavados, de estilo almohade. Esta fusión de estilos almohade y gótico confiere al edificio una tónica ejemplar. Aunque se emplea el ladrillo en la construcción, se revocan de blanco posteriormente muros, arcos y pilares, aumentando la impresión de hallarnos ante un monumento musulmán. En el centro del patio, cubierto de vegetación, aparece un templete construido en el siglo XV por Juan de Sevilla y que intenta reproducir una obra de cantería gótica, empleando el ladrillo como único material. El efecto conseguido y la perfección técnica no pueden pasar desapercibidos. Los «alarifes» andaluces eran una especie de magos que no retrocedían ante ninguna dificultad técnica o estética.



21. Iglesia de Santa María de Lebrija. Sevilla

El capítulo del mudéjar andaluz es, con el toledano y el aragonés, uno de los focos más brillantes del estilo. El profesor Diego Angulo ha estudiado concienzudamente esta zona, determinando el nacimiento del mudéjar andaluz como una especie de tensión entre lo gótico del norte y lo almohade y nazarita del sur. Nunca sabremos a ciencia cierta qué elementos predominan en este eterno juego de posibilidades, aunque el empleo del ladrillo da la victoria final a los estilos musulmanes.

Los primeros contactos y consiguientes productos mudéjares son de influencia almohade y casi siempre edificios religiosos. En Lebrija existe el más importante conjunto de iglesias mudéjares de este primer periodo (San Pablo, Santa Marina, etc...). Suelen ser de tres naves sobre arcos apuntados y pilares almohades, pero el ábside y la portada son enteramente góticos.

El artesanado del techo vuelve a recordarnos el estilo musulmán y, a veces, cubre sus naves con bóvedas esquifadas sobre trompas, como en la Iglesia presente de Santa María. Son bóvedas evolucionadas del primitivo modelo califal, en las que los nervios se han convertido en molduras de laceria, con pinturas y azulejos que logran un cromatismo insuperable. Se denominan bóvedas «alboaires» y existen en algunos puntos de la meseta norte (Olmedo).

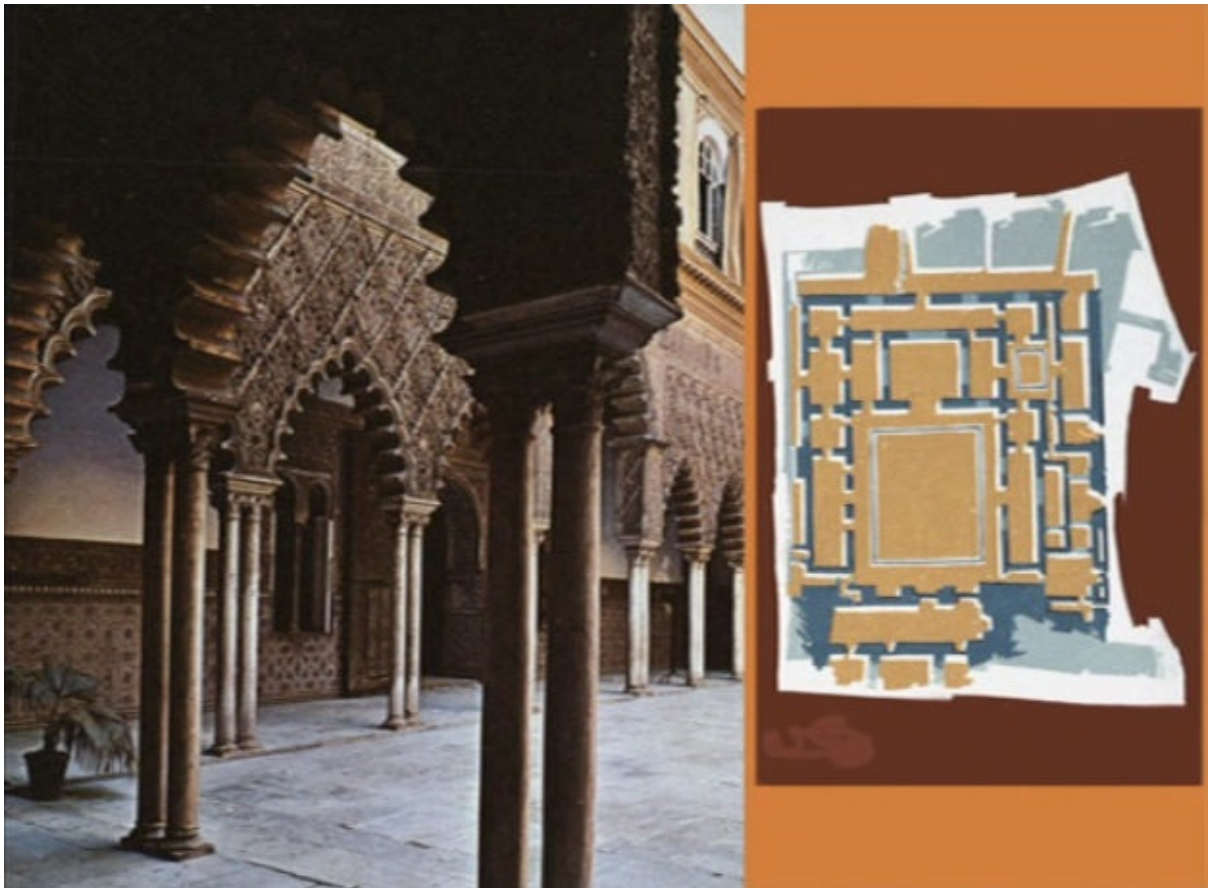
Las torres sevillanas se construyen en ladrillo y reproducen con gran exactitud los alminares almohades. Junto a estos brotes de mudejarismo coexisten muchos templos completamente góticos, por lo que parece evidente que no es tanto un fenómeno de oposición, sino más bien de convivencia de estilos.



22. Salón de las Doncellas del Alcázar sevillano

El Alcázar de Sevilla se construye sobre un plano muy parecido a los palacios granadinos, con multitud de salones y vestíbulos que conducen, a través de corredores y patios, a las piezas maestras de la arquitectura. Después de atravesar un vestíbulo —ineludible en la arquitectura oriental— se llega al Patio de las Doncellas, de arcos lobulados de yeso y ricos alicatados granadinos. Fue algo restaurado en tiempos de Carlos I con columnas renacentistas, que no le quitaron sabor a la traza primitiva. Diversas salas interiores se abren a los lados y en el testero se comunica con el fabuloso Salón de Embajadores, pieza clave del palacio, cuya bóveda luego tendremos ocasión de ver. Las puertas del Salón son obra de carpinteros toledanos del siglo XIV.

Multitud de salas más pequeñas rodean esta estructura y algún patio tan delicioso como el llamado de las Muñecas, muy restaurado en el siglo XIX, pero que presenta la curiosa circunstancia de poseer capiteles califales muy antiguos. En muchas de estas salas se aprovecharon lienzos del edificio antiguo almohade, como puede observarse en los arcos de yesería y en algunas columnas y capiteles califales como los antedichos. Los jardines son otra obra maestra de los artistas-mudéjares, y según el Marqués de Lozoya representan «el más bello vergel medieval que se conserva en Europa».



23. Patio de las Muñecas. Alcázar de Sevilla

Sobre la fortaleza almohade del siglo XII Alfonso XI realiza algunas reformas; pero quien construye el actual Alcázar es el monarca más apasionadamente «mudéjar» de toda la Edad Media: Pedro 1 de Castilla. Rodeado de musulmanes y hebreos en el despacho de sus asuntos políticos, no ocultó su preferencia por los artistas musulmanes, y edificó un palacio que es la obra mudéjar por antonomasia.

Su aliado, el Rey de Granada, le envió los arquitectos que se encargaron de la obra, y la influencia del periodo nazarita es patente.

Este patio es uno de los más lujosos y muestra un extraordinario parecido con las obras del mismo tipo de la Alhambra. La influencia de los arquitectos andaluces musulmanes en el palacio de Pedro el Cruel no puede ser más ostensible.



24. Salón de Embajadores del Alcázar. Sevilla

Muy semejante al Salón de Comares, por la influencia del arte nazarí, constituye la joya del Alcázar. Los arcos de ingreso de herradura triple son netamente almohades, y las yeserías son obra de artistas andaluces y toledanos.

Se cubre con una sin par armadura de par y nudillo de media naranja sobre trompas de mocárabes. Es una de las obras fundamentales de la carpintería mudéjar de que antes hemos hablado. Obra del maestro Diego Ruiz, fue concluida en 1427 y está ricamente decorada con laceria estrellada, como puede admirarse.



25. Portada Interior del Alcázar. Sevilla

La espléndida arquitectura interior del Alcázar reaparece en todos los rincones y salas del prodigioso edificio.

Aquí tenemos una puerta, llamada de los Pavones, sin duda por los dos magníficos pavos reales que se encuentran en las albanegas laterales. Vemos que el mudéjar andaluz no solo emplea los materiales y formas constructivas fundamentales del arte musulmán, sino que es una copia literal de la albañilería andaluza, donde los azulejos, capiteles, arcos, mocárabes, etc... vuelven a jugar un papel trascendental en la ornamentación del edificio. Obsérvese, por ejemplo, los zócalos de alicatado de lacería, tan frecuentes en la Alhambra y que reciben aquí un desarrollo tan cuidadoso y perfecto como en Granada.



26. Torre de San Martín. Teruel

Esta torre es otro ejemplar notable del mudéjar aragonés, construida hacia mediados del siglo XIII. Está decorada con varias franjas de ladrillo y azulejo, como es costumbre en este tipo de albañilería, y presenta en sus dos últimas plantas ventanas múltiples polilobuladas. Quizá la mayor originalidad, comparándolas con las otras, sea el hallarse perforada en su parte baja por un arco ojival que se abre sobre la propia calle. Es decir, que la torre se construyó sobre un lugar de paso y, para no interrumpirlo, los arquitectos tuvieron que ingeniar este original procedimiento, que no creemos que tenga par en España.



27. Santa María de Calatayud

La iglesia actual se levantó sobre una antigua mezquita. En 1120 Alfonso I el Batallador la transformó en templo cristiano, y en el siglo XIII se empezó a erigir el templo actual. Es de planta basilical con ábside poligonal, y el material empleado en la construcción es el ladrillo casi sin excepción. Bien es verdad que recibió varios añadidos en otros siglos y estilos, sobre todo durante el barroco. Pero se conserva actualmente de la estructura mudéjar primitiva, y podemos considerarlo como un templo predominantemente renacentista (portada) y barroco. Pero tiene restos mudéjares de primera calidad, como la preciosa torre octogonal mudéjar del siglo XVI del mismo tipo que otras tantas en Aragón. En realidad, esta y otras torres de Calatayud intentan copiar la estructura de la antigua Torre Nueva de Zaragoza, hoy lamentablemente destruida.



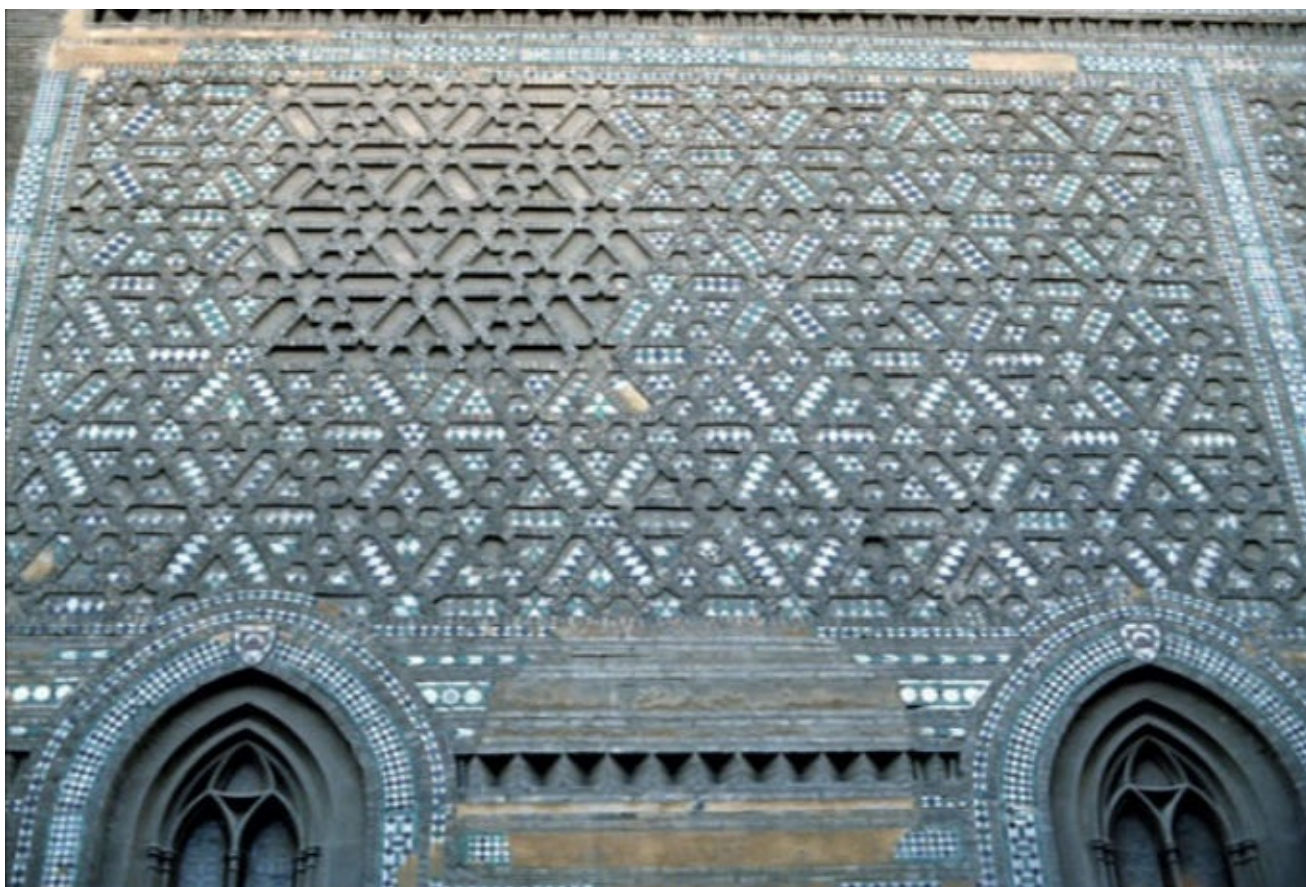
28. Catedral de Tarazona. Zaragoza

Se debe a un laborioso proceso de construcción que duró desde el siglo XIII al XVI. La mayor parte del templo es gótica, como puede apreciarse, pero la influencia del estilo mudéjar es grande e incluso tiene algunos añadidos de pleno renacimiento, como la portada Norte, que se distingue en primer término, y el campanario de la torre. El cuerpo principal de esta es, en cambio, completamente mudéjar, construido en ladrillo y con adornos moriscos entre arcos de herradura y paños de ornamentación a base de azulejos.



29. Muro de la Catedral de la Seo. Zaragoza

La antigua Seo de Zaragoza comenzó la fábrica de su cabecera en piedra románica y la concluyó en este bello lienzo de ladrillo que puede considerarse prototipo del estilo aragonés. Se caracteriza este estilo por la decoración geométrica y rica que abarrota los muros exteriores, salpicada con deslumbrantes azulejos de diversos colores. La riqueza de la ornamentación con ladrillo es insuperable y constituye, en el terreno religioso, la culminación del decorativismo mudéjar, como sucede en Andalucía con la arquitectura civil. Elementos góticos y musulmanes, arcos ojivales y laceria se mezclan en un ritmo desenfrenado que no tiene igual en la arquitectura peninsular.



30. Torre de la Catedral de Teruel

El otro rasgo distintivo del mudéjar aragonés lo constituyen sus hermosas torres. Están inspiradas en los minaretes almohades y tienen altura considerable. La poca consistencia del ladrillo ha facilitado el derrumbamiento de algunas de ellas, como la famosa Torre Nueva de Zaragoza, que fue derribada en el siglo XIX, porque su inclinación persistente parecía amenazar las casas cercanas.

Unas son de planta cuadrada y otras de planta octogonal. Tanto el cubo de base como el campanario, están completamente cuajados de decoración geométrica a base de resaltes de ladrillo y azulejos insertos. Son del siglo XIV. Tienen, como es bien ostensible, un claro sabor almohade en la disposición de sus franjas de rombos y arquillos entrecruzados decorativos, así como en las ventanas superiores y en el coronamiento de almenas. La de la catedral de Teruel es muy sencilla aún, pero las de San Martín y El Salvador, de esta misma capital, ostentan ya un recargamiento decorativo típico. Los azulejos salpican el ladrillo con destellos de color.



31. Torre de Utebo. Zaragoza

A veces se construían sobre estructura mixta, es decir, eran cuadrangulares en la base y octogonales en el tramo superior del campanario. El modelo más característico de este tipo es el de la Iglesia de Utebo. Por su recargamiento decorativo, cuajado de azulejos verdes, azules, dorados y blancos, representa una obra muy interesante. A diferencia de las iglesias toledanas, tienen decoración en el cubo de base, que estas resolvían con aparejo de mampostería sin decoración. El «horror vacui» y la solución ornamental a base de resaltes de ladrillo y azulejos es lo más característico de estas torres aragonesas, que son, como dice el Marqués de Lozoya, una de las representaciones más netamente medievales y españolas. Esta torre de Utebo, y en general todas las de planta octogonal, suelen construirse más tarde que las cuadradas hacia el siglo XV o XVI.



32. Loza de Manises

Las artes menores continúan siendo objeto de atención por los artesanos mudéjares. Puede decirse que incluso aumentan en cantidad, pues los cristianos consideran muchas veces vejatorio el trabajo manual, por lo que la mayoría de los artesanos, orfebres, cerámicos, tejedores, curtidores y similares son musulmanes hasta el siglo XVII.

En la cerámica continúan la tradición de Málaga, y el principal emplazamiento del siglo XV es el pueblo valenciano de Manises. A medida que avanza el tiempo, el color dorado de la loza de «maiólica» se va transformando en Manises, en un rojizo incendiario que traza, sus dibujos sobre el fondo blanco. Otras veces se emplea también el color azul. A finales del siglo XV suele decorarse este tipo de obras con gallones y cordones en relieve, dentro de los cuales se inserta el escudo de armas del propietario o algún otro motivo ornamental.





ERNESTO BALLESTEROS ARRANZ (Cuenca, España, 1942) es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad Complutense y doctor en Filosofía por la Autónoma de Madrid. El profesor Ernesto Ballesteros Arranz fue Catedrático de Didáctica de Ciencias Sociales en la Facultad de Educación, además de su labor como enseñante en el campo de la Geografía, manifestó siempre un particular interés por la filosofía, tanto la occidental como la oriental, en concreto la filosofía india. Buena prueba de ellos son sus numerosas publicaciones sobre una y otra o comparándolas, con títulos como *La negación de la substancia de Hume*, *Presencia de Schopenhauer*, *La filosofía del estado de vigilia*, *Kant frente a Shamkara*. *El problema de los dos yoes*, *Amanecer de un nuevo escepticismo*, *Antah karana*, *Comentarios al Sat Darshana*, o su magno compendio del *Yoga Vâsishtha* que fue reconocido en el momento de su edición, en 1995, como la traducción antológica más completa realizada hasta la fecha en castellano de este texto espiritual hindú tradicionalmente atribuido al legendario Valmiki, el autor del Ramayana, y uno de los textos fundamentales de la filosofía vedanta.

Ha publicado también *Historia del Arte Español* (60 Títulos), *Historia Universal del Arte y la Cultura* (52 Títulos).